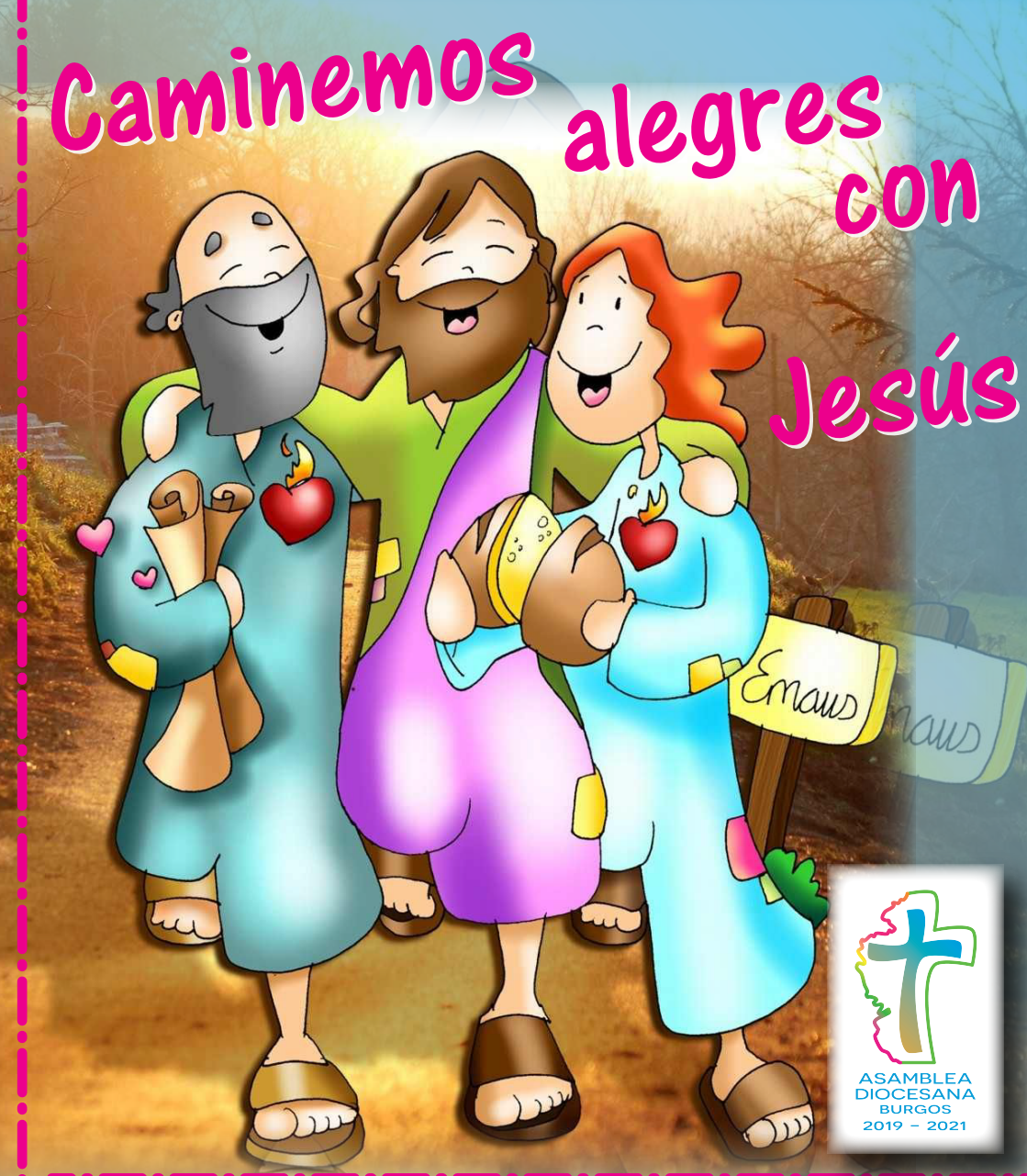
Caminemos alegres con Jesús



ASAMBLEA DIOCESANA
BURGOS
2019 – 2021

La alegría de creer hoy: renovar el encuentro con Jesús

CUADERNO 1

Material de trabajo para Grupos de Asamblea

La alegría de creer hoy: renovar el encuentro con Jesús

1 PARA SITUARNOS

La celebración del VIII Centenario de la Catedral y el Año Jubilar deben ser una ocasión providencial para que profundicemos y reafirmemos nuestra identidad como cristianos y como miembros de una Iglesia concreta.

Esto se hace más urgente porque vivimos un momento histórico especialmente intenso. Con razón se dice que vivimos no una época de cambios sino un cambio de época. Estamos asistiendo a transformaciones radicales en todos los campos de la experiencia. Todo ello afecta sin duda a nuestra fe y nos obliga a preguntarnos: ¿qué significa ser cristiano hoy y aquí?, ¿cuál es la raíz de nuestra fe en Jesucristo?, ¿el seguimiento de Jesús es para nosotros motivo de alegría y de esperanza?

Esta experiencia y estos interrogantes constituyen el marco y el sentido de nuestra Asamblea Diocesana: debemos realizar con actitud sinodal un discernimiento sereno y compartido para afrontar la conversión que necesitamos a nivel personal y comunitario. Todos los que formamos parte de la Iglesia de Jesucristo en Burgos hemos de compartir convicciones comunes al servicio de la misión que se nos ha confiado.

Las preguntas mencionadas y la planificación necesaria merecerían amplios desarrollos, pero tenemos que ser breves para centrarnos en lo esencial en esta circunstancia histórica.

Ante todo, debemos tomar conciencia de la realidad que nos envuelve para detectar con más claridad nuestras fragilidades y nuestras fortalezas de cara a situarnos de modo lúcido en este contexto social y cultural.

Después nos miraremos a nosotros mismos, a la luz del Evangelio, para redescubrir con frescura los aspectos fundamentales de nuestro ser cristiano, pues sólo desde ahí podremos cumplir nuestra misión:

a.- la fe no consiste en aceptar una idea o unos valores sino en el encuentro personal con Alguien que vive, que nos transforma y nos acompaña;

b.- ese encuentro nos empuja a seguir a Jesús como discípulos, para hacer presente en la actualidad la novedad del Evangelio;

c.- esta relación con Jesús nos permitirá descubrir el verdadero rostro de Dios, del Dios Trinidad, y el verdadero rostro del ser humano creado a imagen de Dios;

d.- el bautismo es el sacramento en el que celebramos ese encuentro, nuestra conversión y transformación personal, nuestro envío a la misión, por lo que debe estar en la base de la vida cristiana;

e.- esa novedad la vivimos como Iglesia, es decir, con los otros, tanto en un pequeño grupo o comunidad como en la Iglesia local o diócesis; este aspecto será desarrollado en el tema segundo de nuestra Asamblea.

2 DESDE LA EXPERIENCIA

Los creyentes no solo formamos parte de una Iglesia concreta, la Iglesia que peregrina en Burgos, sino que somos también miembros de una sociedad en profundo cambio, lo cual repercute en nuestra experiencia de fe.

El mundo en el que vivimos no puede ser descrito en blanco y negro, está caracterizado por una notable complejidad que se manifiesta en su actitud ante el hecho religioso y cristiano: por un lado, crece la desafección ante la Iglesia y, en ocasiones, ante los valores evangélicos; por otro lado, muchos creyentes consideran esa situación como un proceso de purificación de la fe que ha de suscitar un renovado aliento evangelizador.

Muy brevemente vamos a indicar algunos aspectos de esa complejidad, después mencionaremos los rasgos característicos de nuestra cultura, para finalmente recoger el desafío y la interpelación que se nos dirige.

2.1. Una experiencia compleja

- Constatamos que se ha debilitado la fe en muchas personas, con la consiguiente repercusión tanto en el ámbito privado como en el socio-político. Pero también es cierto que sigue vivo el milagro de la gracia en muchos creyentes que quieren ser testigos del Evangelio.
- La transmisión de la fe se ha vuelto una tarea cada vez más ardua: el anuncio del Evangelio y la celebración de la fe pierde, hoy en día, importancia para muchos, especialmente entre las nuevas generaciones. Sin embargo, el ejemplo de personas creyentes, jóvenes y mayores, sigue siendo un referente signi-ficativo, muchas veces alternativo y contracultural.
- Mientras muchos acuden a la fe solo en momentos difíciles de su vida, otros, sin embargo, viven su fe como fuente de alegría gracias a la oración y a un amor generoso practicado en los ambientes

de la vida cotidiana: familia, trabajo, barrio, pueblo, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, universidad, colegios…

- Aunque la sociedad está dominada por un creciente individualismo, entre los cristianos aumenta el compromiso en favor de un mundo más justo y la solidaridad con los más desfavorecidos y vulnerables.
- En muchos cristianos prevalece la pasividad y la rutina, pero ¿quién no reconoce la santidad *«de la puerta de al lado»* (*Gaudete et Exsultate,* 7), de tantas personas que nos interpelan, ya que son de verdad un reflejo de la misericordia de Dios?
- Muchos valoran todavía la fe como un fenómeno de mera tradición cultural. Sin embargo otros son conscientes de que la fe es una decisión personal, compartida y celebrada con los otros en el espacio público.
- La piedad popular (cofradías, romerías, procesiones, rogativas, fiestas patronales) sigue teniendo una amplia acogida en nuestra Iglesia diocesana. Pero no siempre es vivida y celebrada de tal manera que sea un espacio y una ocasión para encontrar al Dios vivo y personal.

Esta realidad esbozada nos cuestiona, pues constituye una fuerte llamada a la conversión personal y comunitaria, a nivel individual e institucional. Por eso debemos preguntarnos: ¿estamos preparados para dar razón de nuestra fe, mediante la palabra y el testimonio, e incluso para defenderla, en este momento histórico de cambios tan profundos?

2.2. Factores que están contribuyendo al cambio de nuestra civilización

Para que nuestra respuesta sea adecuada, debemos tener en cuenta los factores que fomentan esos cambios, pues constituyen el entramado de nuestra civilización, el escenario que tenemos que habitar como creyentes y como testigos del Evangelio.

La secularización

Ya el Concilio Vaticano II reconoció este fenómeno, admitiendo su legitimidad y su sentido, si bien señalando sus límites. El avance de la

razón, de la ciencia y de la técnica ha aportado notables beneficios a la humanidad, pero a la vez ha disparado la autonomía del ser humano, cuando silencia la presencia del Misterio en su vida pues piensa que no necesita de Dios para ser feliz. Dios desaparece del horizonte humano cuando se piensa que el universo y lo que rodea al ser humano se explican desde criterios meramente naturales. La solución a los problemas humanos y la respuesta a sus aspiraciones sólo se espera de la técnica y del consumo.

La indiferencia religiosa

Muchas personas han pasado del abandono de la práctica religiosa a la despreocupación por la pregunta religiosa. Más que ateos, actualmente hay indiferentes, para quienes la fe carece de significado e interés.

La indiferencia religiosa expresa una convicción extendida: Dios impide la plenitud humana, Dios y el ser humano serían incompatibles. Se ha proclamado la muerte de Dios desde la sospecha de que cuando Dios gana, el hombre es el que pierde, y viceversa. Esta indiferencia es favorecida por la cultura del individualismo y el disfrute; en contextos urbanos e industrializados, se dan procesos crecientes de deshumanización en el trabajo y en el ocio, sobre todo entre quienes carecen de actitud crítica o de convicciones profundas. Esta evolución acaba erosionando tanto el sentimiento religioso como la sensibilidad ante los gritos de la humanidad sufriente y descartada.

El paganismo

Esta cultura de increencia religiosa ha abierto el camino a otros dioses como la tecnología, el Mercado, el consumismo, la naturaleza, las energías cósmicas…; estos nuevos ídolos crecen robustos, como lo muestra la proliferación de creencias espiritistas y ocultistas de muy diverso signo, así como de sectas que absorben y manipulan a las personas débiles y frágiles. El espacio en otro tiempo dedicado a Dios ha sido ocupado por la divinización de realidades mundanas: la salud, la belleza, el fútbol, el dinero, el placer, la producción, el éxito, la Bolsa…

Con frecuencia estos ídolos reclaman sacrificios reales: la familia, el descanso, las relaciones interpersonales, la gratuidad, la actitud de servicio… quedan relegadas a un segundo plano. El estrés, la ansiedad, el vacío… se van apoderando de muchas personas, como lo muestra

el crecimiento alarmante de suicidios, de enfermedades mentales, de comportamientos antisociales, de una sangrante inequidad.

La globalización

La expansión de internet y de las redes sociales aporta beneficios enormes a la humanidad (facilidad de comunicación, acceso a la información…); pero a la vez encierra peligros y amenazas: los contactos se multiplican, pero no garantizan la relación personal, incluso provocan dependencias difíciles de controlar; hay más información, pero crecen poderes anónimos que buscan ante todo el beneficio económico, aspiran a imponer un pensamiento único y favorecen el colonialismo ideológico.

La crisis antropológica

El papa Francisco dice que se produce *«una profunda crisis antropológica»* (*Evangelii Gaudium*, 55) cuando caemos en la indiferencia hacia los demás, hacia sus sufrimientos y marginaciones. Esta crisis se acentúa cuando se impone una concepción del ser humano que rompe con la tradición a la que estábamos acostumbrados. Este proceso se muestra en fenómenos de gran actualidad: la ideología de género, el transhumanismo y el posthumanismo, la reivindicación de los derechos LGTB, las tecnologías que permiten manipular la dotación genética, la crítica a las nociones de maternidad y de paternidad, la pretensión del matrimonio para todos, determinados avances en la Inteligencia Artificial…

2.3. El desafío y la interpelación

Todo esto repercute en nuestra vida de creyentes y en la experiencia de la Iglesia: los templos se vacían, no hay relevos para las tareas eclesiales y para los ministerios que necesitamos… Ante estas transformaciones hay reacciones diversas:

- Hay quienes se frotan las manos. Piensan que después de siglos de tutela clerical ha llegado la hora del laicismo. Y pronostican aún mayor caída de la influencia de la Iglesia y de los cristianos en la sociedad española. Todo caerá y se podrá recomenzar de cero.
- Hay quienes se llevan las manos a la cabeza, pensando que vamos al abismo, que "somos los últimos cristianos" y que no hay remedio.

Basta mantener y resistir, en actitud de defensa y de repliegue.

- Nosotros, sin embargo, queremos vivir este cambio de época como una oportunidad, como una posibilidad de renovación y de conversión purificadora. Seguimos confiando en el Dios fiel, que no nos abandona, y acogemos la llamada a volver a la fuente primera, al origen de nuestra fe: el encuentro personal con Jesús Viviente y con su Espíritu.

El papa Francisco, desde el inicio de su pontificado, ha llamado a toda la Iglesia a emprender una nueva etapa evangelizadora. Los bautizados debemos reencontrar la alegría del Evangelio en nuestras vidas, que en gran parte se perdió por la falta de experiencia religiosa en los propios católicos, por vivir demasiado impregnados de la sociedad de consumo, por el enfriamiento del fervor comunitario y apostólico, por la confianza excesiva en ritos y plegarias superficiales. Por eso debemos escuchar sus palabras como dirigidas a nosotros:

«El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado.» (*Evangelii Gaudium*, 2).

Por eso invita a todos los cristianos a renovar el encuentro personal con Cristo vivo. Independientemente de que seamos curas, catequistas, del coro o de la cofradía. Todos estamos llamados a renovar este encuentro, porque corremos el riesgo de vivir de rentas que ya se han terminado, con una fe apagada y rutinaria, mundana o paganizada.

Nuestro reto pasa por recuperar el espíritu de las bienaventuranzas, experimentando la felicidad que viene de Dios, eliminando las actitudes que a veces son una caricatura de la religión o que provocan escándalo y alejamiento de la Iglesia. Uno de nuestros fracasos como Iglesia es no

haber presentado a Dios como amigo de la felicidad del ser humano. Sin embargo, nuestros contemporáneos sólo se interesarán por Dios si descubren que puede ser fuente de felicidad, de alegría, de esperanza y de compromiso. No olvidemos que el Evangelio es una respuesta al anhelo profundo de felicidad que habita en todo corazón humano. Y este mensaje no conectará con nadie si no es vida en los que nos decimos creyentes.

Hemos de preguntarnos desde dónde nos habla Dios, dónde podemos encontrar a Jesucristo vivo que va junto a nosotros marcando el camino. Este encuentro no se realiza de modo directo, sino a través de mediaciones, de la Palabra y de los sacramentos, de los signos de los tiempos, del rostro de los seres humanos y de las realidades sociales que deben ser transformadas:

> *«Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados»* (*Evangelii Gaudium*, 88).

Esa es la tarea del discernimiento que debemos hacer en Asamblea. Cada uno de nosotros somos invitados a ser testigos con nuestras vidas de que el encuentro con Jesús nos salva de una vida anodina, gris, esclavizada de la moda y las series, cómplice del empobrecimiento de nuestros hermanos del Sur. Una salvación que nos rescata del egocentrismo, nos abre a la transcendencia del otro, nos libera del dejarnos arrastrar y nos llama a ir contracorriente.

▶ Preguntas para el diálogo:

1) ¿Cuáles son las realidades y fenómenos de este mundo en cambio a través de las que nos está hablando e interpelando el Dios de la vida?

2) ¿Los cristianos estamos aportando luz a nuestro mundo? ¿En qué campos?

3 LA MIRADA EVANGÉLICA

La fe cristiana es ante todo un encuentro personal con Jesucristo, porque ÉL ESTÁ VIVO. No vivimos la fe como el recuerdo de un personaje del pasado, sino como una relación existencial con un Tú, el Resucitado, que sale a nuestro encuentro en el camino de nuestra vida. Esto lo indicaba con palabras claras el papa Benedicto XVI:

> *«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.»* (*Deus caritas est,* 2).

La mirada evangélica nos debe ayudar a comprender este encuentro como un acontecimiento que nos transforma y que nos sitúa ante una disyuntiva: o seguirle o prescindir de su compañía y de su interpelación. La respuesta creyente implica una adhesión total a la persona de Jesucristo, es decir, el seguimiento como discípulos misioneros.

El camino sinodal exige de nosotros profundizar en esta experiencia, que se alimenta de la escucha de la Palabra. Objetivo fundamental de la Asamblea diocesana es vivir la fe en una Iglesia sinodal, en la que todos hablamos y nos escuchamos para discernir en común los caminos del futuro. Pero para ello debemos ponernos todos ante la Palabra de Dios, reviviendo la experiencia de Betania, la casa donde se da tiempo a la Palabra y a la escucha, de modo prolongado, sin prisa (cf. Lc 10,39).

En la escucha de la Palabra debemos seguir cuatro pasos: a) *Momento de atención amorosa*, que consiste en esperar en silencio la llegada de la Palabra de Jesús y leerla con atención; b) *Momento de fertilidad*, en el que, por medio de la meditación, la hacemos carne y la visibilizamos en una vida nueva; c) *Momento de responsabilidad*, en el que respondemos en un coloquio íntimo con Jesús; d) *Momento de futuro*, cuando nos ponemos en acción, cuando vivimos la historia de otra manera, con capacidad de provocación, con audacia misionera.

De este modo podemos acercarnos a la dinámica del encuentro con

Jesús tal como aparece en los Evangelios. Los Evangelios narran diversos encuentros de Jesús con personas muy distintas y en circunstancias diversas. Estos relatos deben iluminar nuestra experiencia personal y comunitaria en la actualidad. Arrancaremos de la experiencia de los discípulos de Emaús, que es el punto de partida de la Carta Pastoral con la que nuestro arzobispo nos convocaba a esta Asamblea diocesana:

> *«El proceso que experimentaron los discípulos puede ser el icono de nuestra conversión pascual y el comienzo de una nueva etapa pastoral de nuestra diócesis, después de reflexionar, compartir, orar juntos y abrirnos confiadamente al Espíritu de Jesús»* (pág. 6).

3.1. El encuentro que transforma: la presencia viva del Resucitado

Dos narraciones del evangelio de san Lucas nos ofrecen el ejemplo claro de lo que significa una conversión pascual que desemboca en el anuncio y en el testimonio como expresión de una alegría y una esperanza que transforma al creyente.

Lc 24,13-35: Los discípulos de Emaús

En el texto encontramos aspectos de la experiencia creyente de entonces y de ahora: a) el cansancio, el abatimiento y la resignación porque parece que no se ha logrado lo que se esperaba; b) pero a la vez permanece el rescoldo del contacto con Jesús que conduce a la acogida y a la hospitalidad ante alguien desconocido que irrumpe en la propia vida; c) la apertura a la Palabra y a participar en la fracción del pan, que hace posible el reconocimiento del Señor; d) la conversión pascual: un gozo que empuja a ponerse en camino para anunciar y celebrar con los demás lo sucedido y dar así solidez a la comunidad de los discípulos de Jesús.

Lc 24,36-49: El encuentro con los discípulos en el cenáculo de Jerusalén

También los discípulos en Jerusalén tuvieron una experiencia semejante: a) el temor que les hacía recluirse en el cenáculo; b) la irrupción de Alguien desconocido al que les cuesta reconocer; c) la sorpresa y la admiración dificulta que se desborde la alegría (es demasiado bonito,

piensan, para que sea verdad); d) cuando lo reconocen, la alegría hace que comprendan las Escrituras y se convierten en testigos enviados hasta los confines de la tierra.

Como vemos, en ambos casos los discípulos, por la fuerza del Espíritu, reconocen a Jesús vivo, superan el cansancio del camino y la fragilidad de la fe, lo reconocen como el centro de sus vidas, y se convierten en testigos del Resucitado ante todos los pueblos. Esta convicción es un mensaje constante y fundamental del papa Francisco para la conversión pastoral y misionera.

> *«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»* (*Evangelii Gaudium*, 1).

> *«¡Él vive! Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo como un buen ejemplo del pasado, como un recuerdo, como alguien que nos salvó hace dos mil años. Eso no nos serviría de nada, nos dejaría iguales, eso no nos liberaría. El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es alguien que vive»* (*Christus vivit*, 124).

3.2. La encrucijada que abre el encuentro de Jesús

El Resucitado es el mismo Jesús que había llevado una vida itinerante para anunciar el Reino de Dios, como oferta de felicidad para todos los seres humanos. Se sabe enviado del Padre, y por ello se hace presente en los pueblos y en los caminos para comunicar a todos la belleza del Evangelio. Busca el encuentro con gentes muy diversas y de muy diferentes actitudes frente a él. Hace siempre propuestas de seguimiento desde el respeto a la libertad. Por eso hay respuestas diversas, con las que nos vemos confrontados hoy nosotros.

A veces el encuentro conduce espontáneamente al servicio y al apostolado: Mc 1,30-31 (la curación de la suegra de Simón)

Ella es la primera persona en el evangelio de Marcos que se compromete inmediatamente a seguir a Jesús después del encuentro con Él: no le sirve sin más, sino que se pone al servicio del pequeño

grupo en torno a Jesús del que ella también ahora forma parte. Como dice el papa Francisco:

«Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un destino de servicio y fecundidad» (*Evangelii Gaudium,* 287).

«El servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia» (*Evangelii Gaudium*, 179).

Algunos le siguen "inmediatamente": Mt 9,9-13 (la vocación de Mateo)

La llamada de Jesús es siempre un encuentro en lo más íntimo de nuestro corazón. No importa el pasado oscuro. La hora de Jesús en nuestras vidas es siempre un tiempo de gracia *(kairos)*, que transforma y "provoca" la inmediatez de nuestra respuesta.

Otros son llevados por Jesús cuidadosamente al encuentro definitivo con él: Jn 4, 1-26 (la samaritana)

Jesús es respetuoso con nosotros. Tiene en cuenta nuestra historia, nuestra mentalidad, nuestros caminos. Se acerca con delicadeza. Sabe esperar nuestra respuesta. En esta línea nos dice el papa Francisco:

«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso» (*Evangelii Gaudium*, 3).

No faltan quienes consideran superior a sus fuerzas la aventura del seguimiento: Mt 19, 16-22 (el joven rico)

Los gestos y palabras de Jesús respiran libertad. Propone caminos valientes, pero nunca obliga. Respeta nuestra libertad de decirle sí o no. Llama antes de entrar. Así debe ser el anuncio de nuestra Iglesia: *«que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad»* (*Evangelii Gaudium*, 165).

3.3. Jesús nos descubre el rostro de Dios como Trinidad

Jesús, en el ejercicio de su misión, se encuentra siempre en íntima relación con el Padre y el Espíritu Santo. Jesús desvela que Dios es Trinidad, es decir, comunión de Personas cuya vida es el Amor. Ese Dios se pone en camino, "sale" al encuentro de la humanidad: envía al Hijo y al Espíritu para invitarnos a participar en su amor; ese amor contribuye a la felicidad del ser humano y a la reconciliación entre los grupos humanos, a hacer todas las cosas nuevas.

Por tanto, nuestro encuentro con Jesús es una experiencia trinitaria. El discípulo no sólo se siente transformado, elegido y encontrado por Él, sino también por la misericordia del Padre y por la fuerza del Espíritu Santo. Vamos a fijarnos en tres momentos de la vida de Jesús en que se percibe la presencia del Padre y del Espíritu. Nos ayudará a descubrir el rostro de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo y expresarlo en nuestra oración y en nuestro testimonio. Al realizar, por ejemplo, de modo consciente el gesto de santiguarnos manifestamos nuestro deseo de vivir en comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y de reflejar el gozo de la comunión trinitaria.

En un momento tan importante como el bautismo de Jesús están presentes el Padre y el Espíritu (Mt 3,13-17): en ese acontecimiento se manifiesta el amor del Padre que le ha enviado y la unción del Espíritu que le acompaña en su misión. Por eso cada bautizado está llamado a descubrir cuál es el aspecto de ese amor que él está llamado a reflejar y realizar. Es el camino de la misión y de la santidad, que permite a cada uno mostrar al Padre y decir con Jesús: *«Quien me ve a mí, ve al Padre»* (Jn 14,9).

En el anuncio del Reino por parte de Jesús está siempre actuando el Padre, que es el que lo revela especialmente a los más pequeños y los más pobres (Mt 11,25-27).

También en un momento tan dramático como la oración de Jesús en Getsemaní se dirige al Padre con una invocación llena de confianza e intimidad: *abba* (Mt 26, 36-46).

El Espíritu es el don del Padre que da fuerza para el seguimiento. El Padre da el Espíritu a los que se lo piden: Lc 11,5-13. El Espíritu Santo se hace experiencia en la vida del creyente, ante todo cuando

este reconoce al Resucitado como el Señor: *«El Espíritu Santo llena el corazón de Cristo resucitado y desde allí se derrama en tu vida como un manantial… Él es quien mantiene viva esa experiencia de salvación, es Él quien te ayudará a crecer en esa alegría si lo dejas actuar»* (*Christus vivit*, 130); desde ese presupuesto actúa como consolador, como aliento, como paz, como gozo, como creatividad, como capacidad de aventura, como apertura de caminos nuevos. Por eso debe ser protagonista en el itinerario de nuestra Asamblea.

3.4. Jesús nos desvela el verdadero rostro y la dignidad de cada ser humano

El Espíritu nos convence desde dentro de que somos hijos de Dios; nos lleva a una intimidad con Él que nos permite invocarlo como *abba* (Rm 8, 14-17), es decir, como había hecho el mismo Jesús. Ello debe impregnar nuestra espiritualidad y nuestro modo de oración.

La oración más peculiar de los cristianos, el Padre nuestro (Mt 6, 9-15) abre nuestra mirada para que veamos a cada ser humano como hijo del Padre y por tanto como hermano nuestro. Todos somos hijos del mismo Padre, y ahí se fundamenta la fraternidad universal.

Jesucristo nos revela también la dignidad del otro y de los otros, sin exclusiones ni marginaciones. *«El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado… Con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre»* (*Gaudium et Spes*, 22). Por eso, sólo Cristo ofrece una respuesta a los grandes enigmas de la vida humana (nuestro origen y destino, nuestra capacidad de amar y de perdonar, la enfermedad y la muerte, la pobreza y la injusticia, los proyectos e ilusiones, la violencia que enfrenta a los grupos humanos…).

3.5. «La santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (*Gaudete et Exsultate*, 9)

En el bautismo acontece nuestra conversión y transformación como criaturas nuevas y como discípulos misioneros. El bautismo no es un

acto realizado en el pasado, sino una realidad que ha de actualizarse constantemente en nuestro caminar con Jesús.

Por eso debemos considerarlo como la base de la vida cristiana: al ser celebración del misterio pascual nos otorga la dignidad de hijos de Dios, la igualdad y responsabilidad en la misión de Cristo y en la vida de la Iglesia; es la fuente de la santidad en y desde la vida cotidiana; todos los carismas, vocaciones y ministerios son el despliegue y desarrollo de la gracia bautismal. Esta santidad cristiana suscita un estilo peculiar de vida que podemos concretar en las bienaventuranzas, según las formula el papa Francisco:

- *Bienaventurados los que soportan con fe los males que otros les infligen.*
- *Bienaventurados los que miran a los ojos a los descartados y marginados, mostrándoles cercanía.*
- *Bienaventurados los que reconocen a Dios en cada persona, y luchan porque otros también lo hagan.*
- *Bienaventurados los que protegen y cuidan la casa común.*
- *Bienaventurados los que renuncian al propio bienestar por el bien de los otros.*
- *Bienaventurados los que trabajan por la plena unidad de los cristianos.*
- *Bienaventurados todos ellos porque son portadores de la misericordia y ternura de Dios, y recibirán de él la recompensa merecida.*

«El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios» (*Gaudete et Exsultate*, 6). *«Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra»* (*Gaudete et Exsultate*, 14).

Por eso también nos recuerda el Papa que todo bautizado se ha convertido en discípulo misionero, que cualquiera que sea su función en la Iglesia es un agente evangelizador, que todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús. No debemos decir que somos "discípulos y misioneros" sino que somos siempre "discípulos misioneros" (cf. *Evangelii Gaudium*, 120).

Esta santidad y este discipulado no podemos vivirlos de modo aislado, sino con los otros, en comunión, de modo sinodal. Ello se realiza a veces en grupos pequeños, en una comunidad de referencia. Pero a la vez como diócesis, como Iglesia local, que es el sujeto prioritario de la evangelización. Ella es el ámbito familiar en que se encuentran los diversos grupos, asociaciones y comunidades. Esta riqueza compartida y sus exigencias serán tratadas en el tema segundo de nuestra Asamblea.

▶ Preguntas para el diálogo:

1. ¿En cuál de estos encuentros evangélicos ves reflejada tu propia experiencia de fe? ¿Por qué?

2. Cuando rezas, ¿te diriges al Padre con actitud de hijo?, ¿cuentas en tu oración con el Espíritu Santo?

4 ABRIENDO CAMINOS

A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido cristianos que no solo quedaron profundamente transformados por el encuentro personal con Jesucristo, sino que abrieron también caminos nuevos para la evangelización dejándose guiar por el Espíritu de Dios. Supieron descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos, en las personas y en las encrucijadas históricas. Y ofrecieron su respuesta, muchos de ellos desde su juventud, sin miedos, de modo creativo, con lucidez y optimismo.

Podemos recordar a numerosos santos, fundadores de congregaciones religiosas, de comunidades y movimientos, de proyectos pastorales. Se sintieron portadores de un carisma y de una vocación a la que se entregaron con pasión. San Pablo se entregó a anunciar el Evangelio en los lugares donde todavía no era conocido. San Francisco de Asís experimentó un cambio radical a partir del encuentro con un leproso y de la llamada del Señor a restaurar su Iglesia. Santa Teresa del Niño Jesús, a pesar de morir muy joven y de vivir en un monasterio contemplativo, poseía un corazón tan grande que fue declarada patrona de las misiones. El beato Marcel Callo, joven francés, murió en un campo de concentración en 1945 confortando en la fe a sus compañeros de cautiverio. Santa Gianna Beretta llegó a entregar su vida para que pudiera nacer su hijo. San Oscar Romero consagró su vida a la defensa de la justicia en favor de los más pobres. Y tantos santos de nuestra propia diócesis... Ante esos testimonios, también nosotros debemos preguntarnos: si ellos han podido hacer este camino con Jesús ¿por qué no yo?; si ellos han entregado su vida a una causa tan noble, ¿cuál es la misión que yo debo realizar para abrir caminos al Evangelio?

4.1. La vocación brota de la experiencia de la fe

Abrir caminos al Evangelio en nuestra situación es responsabilidad de cada uno de los bautizados. No podemos pensar que esto lo arreglarán los responsables de la Iglesia o los que saben, los especialistas. Tampoco

podemos lavarnos las manos pensando que es obra del Espíritu por sí mismo. O peor aún, confiar en que volverán los tiempos pasados y que solo hay que tener paciencia.

La responsabilidad y el envío recae sobre cada uno de nosotros, independientemente de la edad o de las condiciones de vida. Todos, con nuestras vidas luminosas o apagadas, contribuimos a que la gente dé o no *«gloria al Padre»* (Mt 5, 16). Seguro que nuestra vida puede irradiar los esplendores de la gracia y que en nuestras manos hay algo que podemos aportar. Como decía santa Teresa de Jesús, cada uno ha de aportar "lo poquito que hay en mí", que sin duda es un germen de novedad.

4.2. A nivel individual

De entrada, somos invitados a cuestionarnos cómo la luz del Evangelio ilumina mi propia vida, cómo el amor del Padre inunda mi corazón. No olvidemos que el discipulado comienza por la conversión y el cambio. Lo más fácil en esta situación es echar siempre la responsabilidad a los demás: es responsabilidad de los políticos, de los responsables de la Iglesia, de los medios de comunicación…

Por eso, en primer lugar debemos revisar la raíz de nuestra vida espiritual, nuestra experiencia de Dios, nuestro modo de oración, el estilo de nuestra participación en la liturgia y en los sacramentos. Debemos examinar nuestro personal encuentro con Jesús Vivo: ¿cómo es mi experiencia de oración? ¿Y mi encuentro con Jesús en su Palabra? ¿Acierto a descubrir dónde y cómo esa Palabra sigue viva? ¿Cómo es mi participación en la vida comunitaria de mi parroquia o asociación? ¿Descubro a Jesús presente en los hermanos? ¿Y qué experiencia tengo de encontrarme a Jesús entre los más necesitados? ¿Sus gestos y palabras transforman mi estilo de vivir? ¿Y mi participación en la eucaristía? Dejemos que Jesús vaya poco a poco, día a día, transformando nuestra vida, nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestras reacciones. Se trata de irnos configurando con Él hasta hacerlo transparente en nuestra vida.

Como paso concreto, desde la sencillez de nuestra experiencia, podemos escuchar como interrogante dirigido a cada uno: ¿te comprometerías a leer el Evangelio de cada día fijándote sobre todo en qué Buena Noticia encuentras tú en el pasaje evangélico para el momento presente de la historia?

4.3. Responsabilidad comunitaria e institucional

Abrir caminos al Evangelio es también una responsabilidad comunitaria. Sería bueno estudiar si las catequesis, las celebraciones, los encuentros y actividades de las parroquias y asociaciones nos ayudan a hacer la experiencia de sentirnos realmente Iglesia, acompañados por Jesús Vivo. Y por lo mismo, preguntarnos con creatividad y decisión, qué hemos de cambiar e introducir para que todo ello nos lleve más y mejor a Jesús y su Proyecto del Reino de Dios.

Un criterio para saber si estamos cerca de Jesús es situarnos siempre en medio del pueblo sencillo, especialmente de quienes más sufren, de los más vulnerables y marginados. Nuestras propuestas deben traducirse en mayor cercanía a la gente, más compasión ante sus heridas y humillaciones, más encarnación en sus incertidumbres y luchas, más solidaridad con sus anhelos y expectativas.

4.4. Con la mirada puesta en todos los que están a nuestro alrededor

No podemos olvidar que la propuesta de Jesús es también para los que no están en la Iglesia, para los que no se consideran de los nuestros. Desde las distintas comunidades nos hemos de preguntar: ¿qué estamos haciendo para llegar a los indiferentes, a los que no creen, a los reacios, a los adversarios? A veces se acercan a nuestras reuniones y celebraciones, otras veces están fuera, en las plazas y lugares de trabajo o diversión. Nuestra experiencia de fe debe manifestarse en el amor hacia todos. Y a partir de ahí, la escucha, el respeto, la valoración, el cariño y la oferta de amistad. ¿Cómo nos situamos ante ellos y cómo acompañamos sus vidas siendo testigos de una pasión que invade nuestras vidas?

Para que todo ello sea posible hemos de revisar nuestra formación, en el ámbito litúrgico, teológico, espiritual, pastoral, para ver si responde a lo que nos pide el Evangelio, a las circunstancias actuales y a las necesidades reales de nuestros contemporáneos. Así seremos capaces de identificar los bloqueos que dificultan que los creyentes se inserten y se impliquen en nuestro mundo complejo y en las tareas evangelizadoras de la Iglesia. Es fundamental superar la privatización de la fe: la fe es un acto profundamente personal pero ello no significa

que deba reducirse al ámbito privado sino que debe vivirse en el mundo real, en el espacio público donde convivimos personas de creencias e ideologías muy diversas y a veces enfrentadas.

Algunas de estas cuestiones se irán tratando más detenidamente en los dos temas posteriores, pero desde ahora debemos adoptar las actitudes fundamentales necesarias. De momento nos centraremos en estas dos cuestiones.

▶ Preguntas para el diálogo y para hacer propuestas:

1. ¿Hay cosas o aspectos en nuestra vida eclesial que dificultan el encuentro con Jesús? ¿Qué cambios deberían producirse en nuestra Iglesia diocesana en la celebración, en el compromiso, en la formación, en el modo de compartir la fe?

2. ¿Conoces procesos e iniciativas que promuevan la experiencia de la fe en grupos o comunidad (celebración, compromiso, formación, vida compartida)? Compártelos por si pueden servir a otros.

ANEXOS

En la página web ***www.archiburgos.es/asamblea*** podéis encontrar los materiales vinculados a este cuaderno nº 1: texto completo, dinámicas de trabajo para jóvenes y algunos materiales de apoyo.

Aquí indicamos otros recursos que pueden ser utilizados durante la reunión o en el trabajo personal.

Canciones (fácilmente accesibles en You Tube)

Siervas: "Hoy despierto" https://youtu.be/iivzWPLDFVw

Mauricio Alen: "Dios te hizo tan bien" https://youtu.be/CvMfvuJsYmE

Ixcis: "Un poco de fe" https://youtu.be/5Aafr4JK1Dc

Chiquito Villalba: "Francisco, evangelio viviente"

Canción sobre la conversión de Francisco de Asís.
https://www.youtube.com/watch?v=kPDj0jiZpH4

Lecturas

Francisco, *Gaudete et Exsultate,* capítulos 1 y 3

D. Aleixandre (y otros), *Fijos los ojos en Jesús*, PPC, Madrid 2012, pgs. 129-134

Aplicación

"Evangelio orado" A la luz de los místicos. Para cada día. Grupo Fonte

Video

Recreación moderna del encuentro de Jesús con la samaritana:
https://www.youtube.com/watch?v=mhgSoApOrZA&t=337s

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 1)

¿Cómo hacer que los cristianos de Burgos renovemos nuestro encuentro con Jesús y ayudemos a otros a encontrarse con Él?

ÍNDICE

1. Para situarnos_____1
2. Desde la experiencia_____3
3. La mirada evangélica_____9
4. Abriendo caminos_____17
Anexos_____21